

Pablo López Álvarez, *Espacios de negación. El legado crítico de Adorno y Horkheimer*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, 221 pp.

Vicente Gómez analizaba la recepción de la Teoría Crítica en España en un número anterior de esta revista, y concluía: “filosóficamente, al menos en España, haciendo abstracción de las meritorias excepciones apuntadas, el legado filosófico de la primera Teoría Crítica sigue fundamentalmente intacto” (*Anales del Seminario de Metafísica*, nº 30, 1996). En algunos aspectos, el dictamen sigue vigente, pero algunos estudios, entre ellos los del propio Vicente Gómez, han abierto una interesante línea de interpretación. A esta línea se suma ahora el libro de Pablo López Álvarez que comentamos, y que no tiene sólo el interés de acercarse a Adorno y Horkheimer, sino de hacerlo extrayendo los componentes más vitales de su pensamiento, su significación filosófica. La denuncia del devenir del mundo hacia la máxima inhumanidad y el anhelo de lo absolutamente otro, el conocido “pesimismo” de la Escuela de Frankfurt, pierden relevancia ante el centro crítico de la modernidad, y la recuperación, desde un profundo diálogo con la filosofía clásica, de la relación entre pensamiento y negación. Con su crítica a la falsa totalidad, Adorno y Horkheimer se enfrentan “al paradójico proceso por el que la razón, discurso sin sujeto, se vuelve un instrumento de *pertenencia* a un modelo definido de sociedad y de *protección* de determinadas estructuras de conciencia” (p. 21).

El libro evita los componentes más coyunturales de la Teoría Crítica y da relevancia a la profundización, que inicia en una pensada introducción (“La identidad como ideología”), en las raíces intelectuales de la Teoría Crítica, y de sus contenidos básicos: el intento originario de continuar la crítica de la economía marxiana (enriquecida con las aportaciones de crítica cultural y sociología social), la crítica del primado gnoseológico de la posición de clase, el abandono de la pretensión de identidad sujeto-objeto, la crítica de la filosofía de la historia, la radicalización de la crítica conceptual, el abandono del ideal de la sociedad pacificada... Componentes que suponen un paso fundamental, en el que “el modelo clásico de la *crítica de las ideologías*, que recurre como elemento emancipador al saber científico de la sociedad y destaca el papel del conocimiento como desenmascarador de la falsa conciencia, se dobla de *crítica de la razón*, que previene contra la limitación de la posibilidad del discurso para negar lo existente, y denuncia el creciente apoyo que la reproducción social encuentra en la banalización del orden y sus normas” (p. 32). La crítica a la identidad y el interés por la diferencia se convierten en hilo conductor de la obra, y tejen una original continuidad entre gnoseología, estética y política en la que se abre el terreno de una *autocrítica radical de la modernidad*, que será concluida por la postmodernidad. La filosofía de Adorno y Horkheimer se define como “un poderoso modelo de

reflexión entregado a la pausada tarea de pensar conjuntamente la razón y la diferencia” (p. 41).

La intención de *Espacios de negación* se presenta de esta manera, y se construye en torno a la recuperación de la Teoría Crítica como impulso precisamente de *negación* de lo idéntico. Una negación que ya no está inscrita en ninguna lógica del devenir (posición-negación-síntesis), ni pretende la recuperación de lo perdido, sino que recuerda el carácter –por decirlo con Wellmer– irreconciliable de la modernidad. Para Horkheimer, la fuerza del pensamiento filosófico era la consciencia de la diferencia (“el concepto no se ha reconciliado jamás consigo mismo”). Contra la cosificación, que es olvido, la dialéctica es memoria de lo diferente, es decir, un *recuerdo sin contenido* (p. 50) que rompe las pretensiones de totalidad de lo existente. En esta intención se alían naturaleza e historia, ciencia y filosofía, teoría y fragmento, cuyas relaciones se analizadas en el primer capítulo (“Las fisuras de lo idéntico”), que da muestra por sí mismo de la penetración filosófica de la Teoría Crítica. En él se explican e interpretan los complejos fundamentos de la dialéctica frankfurtiana, y se muestra que el núcleo teórico de obras como la *Dialéctica negativa* no depende tanto de la contraposición totalidad-fragmento como de la diferencia idealismo-materialismo.

El segundo capítulo (“La razón encauzada”) analiza uno de los contenidos más conocidos de la herencia crítica de Adorno y Horkheimer: su diagnóstico sobre la razón. La crítica de la razón subjetiva o instrumental alude a la pérdida de la dimensión práctica de la razón, su capacidad para convertirse en orden colectivo y generar fines comunes. El estudio de las formas objetiva y subjetiva de la razón no pretende recuperar valores (fundar una “nueva moral”), sino enfrentarse a las fundamentaciones trascendentales, y colocar el esfuerzo por la diferencia –con respecto a lo aprendido, con respecto a lo que somos– como esencia misma de lo racional. Por ello mismo, no genera una nueva racionalidad (la racionalidad de lo no idéntico): exige cumplir las promesas de la existente. La mimesis (concepto de límites difusos del que Pablo López ofrece un análisis clarificador) no se presenta como alternativa ni como complemento a la razón, sino como elemento de su autocrítica: “el recurso a la mimesis no posee la intención de situarla en el lugar de la razón, sino que busca justamente *permitir la exploración racional del territorio de lo común como espacio anónimo*, que reivindica frente a sus configuraciones culturales y subjetivas –con las que está en permanente tensión– el derecho de afectar y determinar sus propios fines” (p. 123). Por tanto, se presenta “menos como un intento de huida de la razón discursiva que como herramienta de demolición de la estructura identitaria del pensar, como huella de *lo común sin nombre* que quiebra el orden de los reconocimientos” (p. 125). ¿Apertura a la post-modernidad? Quizá, más sencillamente, el punto de unión de la Teoría Crítica y las exigencias más radicales de la Ilustración.

La defensa de esa inquietud permanente del pensamiento conduce también el análisis de la subjetividad (“Perfiles del sujeto”, capítulo tercero). En él, se reconstruye el proceso de génesis del *sí-mismo* (a partir de textos como el capítulo “Odiseo” de la *Dialéctica de la Ilustración*) y los modos de su adaptación, su reconocimiento y su identificación con el orden económico que lo produce. En este punto, Adorno y Horkheimer continúan el estudio de la relación de identidad personal y autonomía, en una línea ya avanzada por Kant y Hegel, pero que toma ahora como sustrato a la corporalidad. Pues ésta es justamente la “condición innombrada de la consciencia, previa a sus marcas y diferencias” (p. 138). De nuevo la búsqueda de los límites de la crítica, enfrentada a todo intento de detención del pensamiento y de reconciliación de la realidad consigo misma, y dispuesta a generar espacios de transformación. Por ello, no se trata de defender la interioridad del sujeto (como fundamento alternativo) frente al sistema global, sino de oponer lo variable a lo idéntico: “ya en la revisión de la distancia de Kierkegaard con Hegel traza [Adorno] un ensayo que ayuda a definir las inquietudes intelectuales de la teoría crítica: *llevar a cabo una crítica de la filosofía de la identidad sin generar una lógica de la interioridad absoluta*” (p.74). La libertad del sujeto descansa sólo en su apertura hacia aquello con lo que no puede propiamente identificarse, aquello que no le otorga una mismidad (trabajo, comunicación, razón) y le permite constituirse como autónomo. Ese es el horizonte constante del proyecto de Adorno y Horkheimer: “la constitución de un sujeto autodeterminado que sólo en tanto que racional puede ir más allá de sí mismo y romper la fidelidad con su nombre social” (p.161).

Sobre la atención a este poder de negación del pensamiento, Pablo López muestra el legado de Adorno y Horkheimer (como indica el subtítulo de la obra) como un legado efectivamente *crítico*, que trata de actualizar las posibilidades del pensamiento y la praxis. Pero además, su acercamiento a Adorno y Horkheimer no es, como suele ser el caso, incondicional. En la obra aparecen también las incompatibilidades que se dan entre los elementos de la propia Teoría Crítica, las insuficiencias de su análisis social o la resistencia a pensar institucionalmente la política. Ello se ve especialmente en los pasajes que se encuentran en la conclusión de la obra (“La espiral de la diferencia”), una precisa recapitulación y valoración final en la que se analiza la amenaza de trascendentalismo (hacia una alteridad absoluta, al margen de cualquier instrumentalización del pensamiento) que se esconde en algunos momentos de la crítica frankfurtiana de la razón. El balance, sin embargo, es positivo, y destaca de la Teoría Crítica una serie de elementos centrales: “el análisis de la relación de razón e identidad, la vinculación de las formas de la sujeción corporal y el régimen público de reconocimiento, el paso de la crítica de la ideología a la crítica de la norma, la pregunta por la reconstrucción de la legitimidad en el contexto de un orden banalizado, y, en fin, la

advertencia acerca del modo en el cual la irrenunciable *universalidad* limita su carácter emancipatorio al volverse *código*” (p. 204).

Identidad, razón, sujeto, libertad. Obviamente, es imposible dar cuenta aquí de todos los contenidos que se desarrollan en el libro. Se trata de una tradición compleja, a cuya comprensión e interpretación esta obra contribuye decisivamente. Si las raíces del pensamiento de la Teoría Crítica obligan a referirse a Kant, Hegel, Marx o Weber, su proyección nos sitúa en el centro del debate filosófico contemporáneo, con referencias a Foucault y Habermas. El estilo del libro, además, toma la medida al objeto del que trata, con lo que ello conlleva: un lenguaje tenso, brillante y exigente. Por último, el retrato que presenta Pablo López de la filosofía de Adorno y Horkheimer, cercano pero nada complaciente, es sólo una de las lecturas posibles del legado de la primera Teoría Crítica. Pero una lectura que se centra en aquellos elementos de los que dependerá seguramente su relevancia intelectual futura. En su prólogo, el profesor Jacobo Muñoz se refiere al pensamiento de Adorno y Horkheimer como “un pensamiento de rara capacidad de interpelación y sorprendente actualidad, como actual fue siempre todo pensamiento realmente ‘intempestivo’”. *Espacios de negación* se atiene a esta característica; presenta los elementos centrales de la Teoría Crítica, y, al mismo tiempo, recuerda que muchos de sus interrogantes siguen abiertos.

Antonio Martínez Louzao

ALAIN BADIOU: *San Pablo. La fundación del universalismo*; Anthropos Editorial, Barcelona, 1999 (or. Presses Universitaires de France, París, 1997)

Cuando parece que en la actualidad el único movimiento que se le permite al pensador abstracto es aquél por el que se limite a acentuar su debilidad y, así, hoy lo vigoroso recae siempre del lado del pensamiento débil, Alain Badiou no dejará de reclamar un pensamiento fuerte, que será también una defensa de su fragilidad militante; cuando la reflexión filosófica contemporánea anda enfrascada en el metadebate en torno a los fundamentos de su propia fundamentación, Badiou, algo menos bizantinamente, se preocupará por especificar las *condiciones* que garantizarían la posibilidad de su ejercicio; cuando todo el mundo experimenta una autocomplacencia pueril y se regodea en la cháchara de las diferencias y el pluralismo, Badiou nos recuerda que todo pensamiento nace del esfuerzo de tratar con el Uno y su imbricación con el ser múltiple; en fin, cuando el mundo goza exponiendo los derechos del mundo de la opinión, Badiou no dejará de hablar de lo Verdadero. ¿Invertir el platonismo? Por supuesto que no. Al contrario, reinventar el platonismo.